

Goya en el mundo

Julián Gállego

Parece como si Goya tuviera, pese a los azares de su madurez, confianza absoluta en lo impercedero de su obra. Eso a pesar de que los acontecimientos diversos que se van presentando en los últimos años de su vida, pudieran haberle curado de toda pretensión a la gloria. Nació en Fuendetodos en 1746 (el mismo año que su mejor amigo, Martín Zapater, en Zaragoza), su vida es la de un joven ambicioso de gloria y entusiasta de su arte, pese a los disgustos que las negativas de la Academia de San Fernando —de la que, andando el tiempo, ha de ser subdirector (1785) y director (1795)— oponen a sus modestas ambiciones de entrar de escolar en sus aulas, en los dos concursos de 1763 y 66. Pero ellos le incitan a marcharse a Italia, entonces, todavía, «país del arte», y en un concurso de la Academia de Parma (1771), si no queda triunfador, cuando menos merece una mención muy elogiosa, que cimentará su reputación al publicarse en la más alta prensa («Le Mercure de France», nada menos) y le permitirá ir a Zaragoza como un (casi) triunfador. Al momento, el Cabildo del Pilar le encarga una pintura al fresco en la bóveda del Coro de la Santa Capilla y los Cartujos de Aula-Dei le piden que decore las largas paredes de su nueva iglesia, ambos encargos con muy positivos resultados. Casado en 1773 con Josefa, hermana menor de tres pintores, capitaneados por Francisco Bayeu, entra a formar parte de los proveedores de «cartones» (es decir, modelos) para los tapices de la Real Fábrica, destinados a ornar los palacios reales y, cinco años más tarde, a figurar en el grupo de frescos de la nueva Basílica del Pilar, con el propio Bayeu «el Grande» y el hermano de éste, Ramón, quienes reservan al cubo del encargo de la cúpula dedicada a la «Reina de los Mártires» con sus cuatro pechinas de Virtudes (entre ellas la Paciencia, que era la que más le faltaba a Goya). Este encargo glorioso, que hoy atrae tanto la curiosidad de los turistas que apenas miran otra cosa en el metropolitano templo, le causa tales disgustos y humillaciones que «en agradecimiento de Zaragoza y de Pintura me quemó vivo», según confiesa a Zapater. También los «cartones» de tapiz le causan pocos disgustos por las protestas de los tapiceros, que no sabían cómo llevar al lizo los empastes, transparencias, acordes cromáticos y hallazgos de composición que hacen de los «cartones» una de las zonas de mayor éxito del Museo del Prado. En ambas circunstancias Goya termina, cuando no, pero han tenido que pasar doscientos cincuenta años desde su nacimiento aldeano para que todos se lo demos.

La carrera del pintor iba, poquito a poco, prosperando y hasta incitándolo al artista a codersarse a lo más florido de la alta sociedad madrileña, cuando un nuevo «atacazo» se opone a su fortuna: una enfermedad, que se manifiesta en 1792 en el curso de un viaje a Andalucía y que, tras cura difícil y larga convalecencia en Cádiz, lo deja sordo



«como una tapia» para el resto de sus días. En el carácter ciclico del artista esos desastres siempre tienen salida y hasta pueden determinar la eclosión de un arte más hondo y más suyo. Irascible, pero siempre decidido a seguir pintando, Goya aprovecha su convalecencia, en casa del coleccionista gaditano don Sebastián Martínez, para completar su conocimiento del arte de la estamparia y el grabado; y esa catástrofe es la puerta de las cuatro series de aguafuertes que el artista va a realizar, «Caprichos», «Desastres de la Guerra», «Tauromaquias» y «Disparates», completadas en Francia, en los cuatro últimos años de su vida, con los «Toros de Burdeos» y una sabrosa colección de litografías.

El pintor se recupera (pero no del oído) y vuelve a la Corte, aunque de manera menos efusiva, más retirada y honda, que inspira sus últimos retratos y sus nuevas y numerosas pinturas de temas libres. Su relación (difusa o no) con la seductora duquesa de

Alba sirve de contrapunto a su soledad. A la muerte de Cayetana (en 1802) la fortuna da un nuevo golpe al renaciente optimismo del pintor llegado a la suprema madurez, agravado por la guerra contra los invasores franceses a partir de 1808. Una vez más, el pintor queda atrapado entre su regio oficio de artista áulico, al servicio de los reyes sucesivos, Carlos IV, Fernando VII, José I., y luego, otra vez Fernando VII (el que mejor ha retratado y al que menos ha gustado), y su conciencia de artista y de hombre libre, de «cioteyen» como decían en Francia. Así emprende una doble tarea, pública, que le exige su posición palaciega, y privada, para su amarga satisfacción, alentadora de desastres y de escenas bélicas o pestilentes, que sólo para su conciencia de artista y de hombre moderno, y no para acrecer su carrera, ejecuta. De modo que cuanto más alto pica, menos canta y menos cuenta; y su categoría de indudable artista genial le priva de la sociedad de

los que se acomodan a cuanto viniere. Harto de aguantar las modas fernandinas (a las que, paradójico, como siempre, dedica sus estampas taurómacas) se retira, ya viudo, a una quinta de la otra orilla del misero Manzanares, en donde termina por caer gravemente enfermo, en 1819. Sale de la cama para jurar fidelidad a la Constitución, el 4 de abril de 1820, gesto que ha de traerle nuevos problemas. Pinta las paredes de su retiro con escenas alucinantes, hasta que ni eso le es permitido. Ha de someterse a una requisición legal y de esconderse unos días en casa de un cura aragonés, don José Duaso y Latre, hasta esperar el momento de presentarse a Fernando VII y pedirle permiso para ir a tomar las aguas de un balneario pirenaico del lado francés. Fernando le deja ir, sin decir esa estúpida frase que se le arroyó: «Debería fusilarte pero... hazme un retrato»; ya que tenía otro pintor de cámara, Vicente López, que le daba mejores atenciones.

Y Goya cruza la frontera pirenaica, y tras una fugaz visita a París, a ver lo que se guisa por allí, se refugia en Burdeos, donde ha de pasar sus últimos cuatro años, en los que, paradójicamente, su inspiración, su inventiva, sus ganas de pintar llegan al paroxismo. Parece haber inventado otro siglo. ¡Qué retratos! ¡Qué escenas de corrida! ¡Qué litografías llenas de ruido! ¡Qué geniales miniaturas! Goya nos demuestra que, al confrontarse en el Salón de París con algunos franceses que le admiraban (como Delacroix) resulta rivales, renacido. Y su silueta, algo pesada pero majestuosa, aparece con su sombrero de alta copa por las calles de la bella ciudad bordelesa, que lo adopta por la eternidad.

Allí aparecen sus dos primeros biógrafos, Iriarte y Matheron. Allí comienza la difusión internacional de un arte cuya fama no ha hecho más que empezar. Al cruzar los Pirineos, como lo describe su amigo Moratin, «caballero en su mula, con sus maletas, bufandas y sombreros, Goya no aparece como el profeta de un Arte nuevo, de una vida nueva. Su fama no ha hecho más que comenzar. Mientras se cierran a su paso las puertas de su patria se abren de par en par las de otras patrias. La carrera internacional de Goya se acrecienta a su muerte. Alfred de Musset, Théophile Gautier, los más románticos viajeros, hallan en Goya su guía preferido. Los coleccionistas lo imitan. Goya, exiliado de España, sale a la luz del mundo, que descubre en el aragonés un ciudadano de todas las naciones. Ya comienzan a valorarse, a buscarse, esos cuadros que los cortesanos de Fernando VII hallaban tan tristes y anticuados. Y comienza la carrera universal que no tendrá, como su vida las tuvo, alternancias perpetuas entre el éxito y el fracaso. Es ya un elegido del Olimpo universal, al nivel de los románticos más modernos, de los realistas más veraces: es el más optimista de los genios, incluso cuando torea con la Muerte y el Diablo.

Y comienza su emigración a través del mundo civilizado. Sus obras merecen los mejores museos de Francia (París, Lille, Castres, Bayona, Agen, Burdeos), de Alemania (Berlín, Dresde, Hamburgo, Munich, Colonia, Francfort...), de Inglaterra (Londres, Oxford, Cambridge, Edimburgo, Glasgow), de Italia (Roma, Florencia, Parma, Nápoles, Milán, Venecia...), de Suiza (Berná, Basilea, Lugano, Lausana, Ginebra, Zurich...), de Irlanda (Dublín, Blessington...), de Holanda (La Haya, Amsterdam, Rotterdam...), de Suecia (Estocolmo, Göteborg...), etc. Pasan el océano y llegan a Chile (Ortiz, Montecristo...), Argentina (Buenos Aires, Rosario), a Brasil, México y Perú. Pero donde se aposentaban más abundantes es en los Estados Unidos: hay casi cuarenta ciudades que tienen a Goya como huésped de honor en sus museos: Boston, Chicago, Washington, cuentan con bellas colecciones, aunque ninguna alcance la riqueza aragonesa de Nueva York, con el Metropolitan, la «Hispanic Society», la Frick, etc. Nuestro baturo es (qué duda cabe) el más cosmopolita ciudadano del mundo.